

Un país olvidado

José Espinoza-Babilón¹

La Gran Convención había terminado. Los mineros formaban una turba silenciosa que paseaba por las calles del pequeño país. Al salir, coparon las primeras cuadras de la Avenida de la Producción, doblaron por el Paseo de la Eficiencia y desaparecieron por los minúsculos callejones, se dirigían a sus módulos de vivienda.

Algunos habían ingresado a “La Inversión”, habían pedido café, otros jugos con sales y conversaban abúlicamente. Habían transcurrido un par de horas y él miró a los que lo acompañaban, Pedro Base miraba distraído su celular y Eva estaba envuelta en las volutas serpenteantes del cigarrillo electrónico que fumaba. “Ya vuelvo”, les dijo. Se levantó y sus pasos cansados lo llevaron al baño. Se mojó la cara y se halló más despejado. Se detuvo frente al espejo sin saber qué miraba. Regresó y solo encontró a Eva dibujando un árbol sobre el mantel de papel de la mesa. Acercó la silla y cogió su casco, lo limpió pasándole las mangas por su superficie amarilla. Felipe, el dueño del café, le dijo: “Todo está cancelado”. “Ah, qué bien”-dijo sorprendido, le hizo una venia tocándose el casco y se aprestaba a retirarse. En la puerta escuchó que Eva lo llamó. “Toma”, le dijo y le dio una pantalla brillante. Dudó un momento, miró a los costados y le dijo: “Eva, gracias”.

La llovizna que caía sobre la ciudad era esparcida por

vientos fríos que soplaban en variables direcciones, pasó la lengua por su palma y pensó: “Es la lluvia ácida”. Recuerda: instrucciones, precauciones. Buscó su celular en los bolsillos, pero no lo tenía. Sus instintos le tensaron y salió disparado. Corría y pensaba: “Peligro, peligro”. Había llegado agitado a su módulo de vivienda, se había bañado con la sustancia recomendada para casos de lluvia ácida y se había recostado en el sofá y recordó: “La producción disminuye, llamó a los mineros a esforzarse para la reactivación de la producción”. Tomó la pantalla que le había alcanzado Eva y se puso a leer la información. “Qué raro”, –pensó– “estas cosas solo la tienen los instructores”.

Sonó la sirena de entrada del tercer turno de trabajo de los mineros y él se acostó. Se le habían acabado las pastillas para tener sueños placenteros, no lograba dormir. Recordó: “De ser posible, lo daremos todo para mejorar la producción; y, aspirar que se engrandece el país con el esfuerzo de los mineros”. Cuando se quedó dormido soñó que caminaba por los socavones húmedos y oscuros que se extienden por kilómetros bajo la superficie del país. Eva estaba a su lado, dudó un momento al ver un débil rayo de luz, muy lejano. Sintió la juvenil turgencia de sus pezones en la espalda y el murmullo de Eva: “Hagámoslo, nadie nos ve”. Volteó y vio que estaba desnuda bajo un árbol frondoso, una sensación relampagueante recorrió su cuerpo. El túnel brillaba y en un instante vio a Eva bajo el árbol reflejada en los miles de espejos que le rodeaban. Él extendió los brazos hacia ella, solo alcanzó la superficie pulida y fría; lo intentó muchas veces inútilmente. Deambuló hasta el borde de un abismo, bajó por las escarpadas vertientes de roca hasta la sima, donde los instructores marcaban con un láser la frente de los mineros. Le obligaron a unirse al grupo, lo empujaron...y se despertó. Había tenido un sueño horrible que culpó a la falta de pastillas para sueños placenteros. Cerró los ojos, los volvió a abrir, el insomnio se prolongaba. Tomó la pantalla y continuó leyendo.

¹ Profesor principal, Facultad de Ciencias y Filosofía, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú.

“Nuestra sociedad se mueve sobre cálculos de equilibrio e información. Eres solo una cifra contingente en este universo de la utilidad regido por la moral de lo práctico. El pasado se pierde sin dejar ningún rastro. El pasado es inaccesible porque no existe. Nadie recordará la memoria de lo perdido, salvo que se registre en lo que llaman historia”.

Y se durmió.

La sirena de las siete sonó, su chillido lo despertó sobresaltado; al levantarse, tenía un sedimento amargo en la boca, escupió y el hilillo gomoso de saliva se pegaba a los labios. Disolvió sales en un vaso de agua, echó dos capsulas, una de aminoácidos, la otra rica en calorías, tomó una tableta rica en vitaminas y micronutrientes; pero aun sentía un vacío abdominal que le indisponía como un puñetazo, tomó una pastilla de la alegría y salió radiante rumbo al trabajo. El sol se asomaba entre las montañas rojizas que rodeaban al pequeño país.

Caminaba hacia el campamento para ingresar a la mina y recuerda: “Cuando hallemos las causas de la disminución de la producción, las haremos desaparecer”. Llegó y se le ordenó que no ingrese a la mina porque se le requería en la sala de recepción. El instructor le informó: “Ha llegado una nave con pasajeros del país central, están de paso”. Órdenes: recepción cordial, presentación y visita al museo de los minerales. Los pasajeros protegidos con equipos de seguridad personal invadieron la sala: “Qué peculiar es todo esto”, -repetían. Él empezó la presentación: “En el principio, los mineros hicieron que las minas produzcan con los estándares más altos de producción...” y los vio abandonar la sala, seguían las señales amarillas al museo de los minerales. Detuvo la presentación. Uno que se quedó en la sala, se le acercó y le dijo: “¿Deberías estar en la mina produciendo?” mostrándole el carné de director que lo puso frente a su rostro. Luego dejó caer el carné al piso y apuntó con el dedo índice para que lo recoja. Él le devolvió la

mirada, volteó y salió de la sala sin decir nada. Antes de partir, el director del país central envió un mensaje al instructor mayor: “Tienen historia. Es recomendable considerar tomar las medidas del caso”.

Él citó a Eva para encontrarse en el café “La Inversión”. Eva había llegado y se había sentado en el rincón menos iluminado; fumaba impaciente el cigarrillo electrónico que sujetaba con sus dedos de uñas recortadas al ras. Felipe envió al autómata que se dispuso a atenderla, ella lo rechazó: “No, aun no”. El autómata giró y regresó a su puesto. Eva se había cansado de mirar la puerta de entrada, de haber seguido con la mirada a los mineros que entraban y salían y finalmente había llamado al autómata y pedido un té porque se sentía fastidiada. Se había arrepentido de venir, tenía cosas importantes que hacer y le disgustaba perder el tiempo.

“La producción depende del esfuerzo de los mineros”, repetía Eva para sí misma. Él llegó agitado al café, saludó a Felipe, vio a Eva y se dirigió apurado a la mesa.

- “No pude llegar antes por favor discúlpame” - dijo afligido.
- “No importa” - dijo ella.
- “¿Te preguntas por qué te he llamado?” - dijo él.
- “Querías verme, ¿no?” - dijo Eva.
- “Sírreme un café, Mx” - le dijo al autómata que se había acercado. “¿Te sirves algo más?”
- “No, estoy bien, gracias” - dijo Eva.
- “Sí quería verte, pero además informarte de cosas importantes”.

Eva le miró en silencio y le prestó atención.

- “Dime cuáles.”

Él buscó las palabras para explicarle lo que había descubierto, en un instante pensó que estaba cometiendo un error, pero prosiguió.

- “He descubierto que en todo hay una relación de causa y efecto” - dijo él.

Eva le miró desconcertada.

- “¿Qué? ¿De qué estás hablando?” - dijo Eva.

- “De causas y efectos, del origen de las cosas y los hechos” - le dijo - “Todo tiene una causa, proviene de algo. El día proviene por la presencia del sol, la noche por su ausencia. Si eso es correcto, ¿De dónde provenimos nosotros, los mineros?”.

- “No eres tú el quien lo ha descubierto” - dijo Eva sonriendo - “Los instructores, nos instruyeron en eso”.

- “¿Cuándo?” - preguntó acercando el rostro.

Eva se recostó en el respaldo de la silla y estiró las piernas.

- “Durante la inducción para el inicio de la producción, ¿No lo recuerdas?”

- “No” - dijo él.

- “Nosotros hemos sido elegidos y somos los primeros en este país” - dijo Eva.

- “De veras crees que no hubo otros antes que nosotros en este país”, - dijo él y le dio la pantalla.

- “¿De dónde has sacado esto?” - preguntó Eva

- “Ah sí, la pantalla que llevaste”, luego empezó a leer los mensajes, arqueaba las cejas cuando se detenía en alguna línea, sonreía con otras.

- “No sé, pero es de alguien que estuvo aquí, antes que nosotros” - dijo él.

- “Es una información con muchos errores” - dijo Eva devolviéndole la pantalla.

- “¿Cuáles? - preguntó.

- “¿No te resulta claro?” - dijo Eva.

Al notar que no le entendía continuó.

- “Es absurdo” - dijo Eva - “Son mensajes corruptos que nada tienen que ver con la producción, me sorprende que no lo hayas advertido.”

Él se quedó callado, los argumentos de Eva eran contundentes, no supo qué más decir. Recordó que ella detestaba el silencio en compañía, buscó temas de qué hablar sin lograrlo, el silencio se prolongaba, vio que Eva se levantaba y se despedía.

Se marchó. No había ya nadie a esa hora en el café “La Inversión” y Felipe había desconectado al automático. Se dispuso a terminar el café que tenía al frente antes de marcharse.

Mientras caminaba por las calles, pensó en visitar a Pedro Base, quería compartir lo que había descubierto, tener una segunda opinión, ya que la de Eva no le bastaba, pero recordó que trabajaba durante la noche. No podía visitar a Pedro Base por las restricciones nocturnas.

Tumbado en la cama de su módulo, cogió la pantalla y leyó:

“Quien encuentre este mensaje, presérvelo y replíquelo. ¿Por qué me atrevo a pedirlo? Porque es la única oportunidad de tener conocimiento, yo estuve aquí, pero se me canceló, porque conocer es un obstáculo para la producción y correrá Ud. la misma suerte.”

Cuando terminó de leer el mensaje, vio sorprendido como la pantalla se llenaba de archivos e imágenes que nunca había visto. Le llamó la atención las fotografías de él y Eva en lugares que no reconocía. Lo que descubría lo ponía al margen de lo que creía y se preguntaba quién era el autor de los mensajes. Las pantallas solo la usaban los instructores, los mineros solo contaban con el celular donde leían los procedimientos de producción. El descubrimiento le había fatigado y se sentía muy solo. En los días siguientes, había intentado compartir los mensajes con otros mineros, pero recibía respuestas hostiles. “Dedicarle atención a las ficciones es una pérdida de tiempo valioso”. “Si la producción disminuye, debemos revertir esa situación y no perder el tiempo en fantasías inútiles”. “No seas una carga”.

Los rumores que él inventaba historias para no producir se propagaban entre los mineros. Pedro Base vino a su módulo de vivienda para conversar al respecto. Al verlo, pensó mostrarle la pantalla, pero desistió porque lo vio que se plantaba delante con el

ceño fruncido y los puños apretados y le reprochaba su falta de compromiso con la producción. Pedro Base estaba fastidiado porque pensaba que su amistad podría dañar la reputación que él se forjaba como un minero altamente productivo. “Olvídate de lo que te distrae y enfócate en producir” - le dijo Pedro Base y le recordó: “La Convención premiará a los mineros que con esfuerzo solitarios aumenten la producción”.

Cuando Pedro Base se marchó, se dio cuenta que había aceptado un estado de cosas, como quien acepta los lotes de pastillas para el mes. Todo lo halló hecho: los módulos, las minas, los amigos, las parejas, él llegó y ahí estaba Pedro Base, su amigo, él llegó y ya estaba Eva, su pareja, él llegó... Se acercó a la ventana fijó la mirada en el crepúsculo, el sol se hundía en el horizonte rojizo. “¿Quién soy?” - se preguntó. Fue una revelación, se despertó a la conciencia de su existencia, siguieron otras preguntas y dudas, caminaba agitado en su módulo, se sentía ante un profundo abismo donde caían sus creencias haciéndose trizas. Tomó la pantalla y digitó: ¿Quién soy?, la respuesta le estremeció. “Ése soy yo” - repetía horrorizado. Luego digitó la pregunta ¿Quién es Eva? Leyó repetidamente la respuesta y tiró la pantalla sobre la cama, se acercó a la ventana y vio a lo lejos en el zenit del crepúsculo los humos de la fundición que cubría el cielo sin estrellas. “Eso era” - se dijo.

Cuando se anunciaba un invierno muy duro, con nubes grises de sulfuros y lluvia ácida, lo devolvieron los instructores que lo habían detenido, lo capturaron en el obelisco al que se había subido y desde allí miraba el suelo distante. Lo condujeron por un laberinto de oficinas y laboratorios, se le dijo: “Te rebelaste para sabotear los esfuerzos de elevar la producción”. “Aún no termina tu misión”. Lo liberaron en momentos que había agitación en los mineros porque la producción había disminuido, así lo propagaban los instructores diariamente y se anunciaba la Gran Convención.

Él sentía un malestar profundo porque los instructores lo habían proscrito de realizar cualquier actividad productiva. Era un descastado que estaba castigado a la libertad que le daba el ocio. Se paseaba por su módulo de vivienda y se enfurecía porque no tenía las pastillas de la alegría, ni la de los sueños placenteros. Vagaba por calles y avenidas en las noches, veía a los mineros equipados dirigirse a la mina y se detenía para decirse furioso: “Qué inútil, qué inútil”.

Los instructores se reunían en el directorio, preparaban la Gran Convención.

- “El momento adecuado, porque empiezan los síntomas de tener historia como la desobediencia que disminuye la producción y pone en riesgo la seguridad” - dijo el instructor mayor
- “Las cifras indican que la producción no ha dejado de aumentar” - informó el instructor de tercer orden.
- “Si nosotros decimos que la producción ha disminuido es porque realmente ha disminuido, las palabras configuran al mundo” - dijo el instructor mayor.
- ¿Quién fue el asignado?-preguntó el instructor de tercer orden.
- “Pronto lo sabremos, no tardará en aparecer, apuesto que hoy o mañana” - dijo el instructor mayor.
- “Ya apareció, lo encontramos en la punta del obelisco de la fundición, mirando al vacío, quería destruirse”, - dijo el instructor de segundo orden.
- –“Eso es inusual. ¿Tuvo acceso a su pasado? ¿Se enteró de su historia?” - dijo el instructor mayor.
- “Sí, como establece el procedimiento. Todo está bajo control” - dijo el Instructor de segundo orden.
- “Eso espero, hay que finalizar este ciclo de producción, y no postergar el inicio de un nuevo ciclo” - dijo el instructor mayor.
- “¿Se debería mejorar el programa de

inducción?” - dijo el instructor de segundo orden

- “La historia siempre es un problema”.
- “Es un peligro, pero hay que manejarlo según lo programado” - dijo el instructor mayor.
- “Deben quedarse en el presente, no hay otro modo y para eso están aquí” - dijo el instructor de segundo orden.
- “¿Cómo?”, - pregunto el instructor de tercer orden.
- “¿No lo sabes?”, - dijo el instructor mayor.
- “No, señor”, - dijo el instructor de tercer orden.
- “Son convictos de crímenes de historia y condenados a seguir con sus vidas sin pasado. A sobrevivir atrapados en un presente eterno dedicado a producir” - dijo el instructor mayor.
- “Condenados ¿Hasta cuándo?” - dijo el instructor de tercer orden.
- “Hasta siempre” - dijo el instructor mayor - “Eso merecen por la rebelión perversa para extraviar los hechos, cambiar el curso de la historia, qué abominable crimen.”
- “Rebelarse contra el orden establecido, mira cómo terminan” - dijo el instructor de segundo orden.
- “En la prisión perfecta para pagar por sus crímenes” - dijo el Instructor mayor.
- “Producir requiere memoria, pero la historia los hace libres, ese es el riesgo” - dijo el instructor de segundo orden.
- “No hay otro modo, sin memoria cómo se les instruye. Pediré una revisión del programa por este evento inusual, para que se atenúe el efecto del pasado, a pesar de cierto dramatismo ha funcionado hasta ahora”, - dijo el instructor mayor- “Tenemos que empezar un nuevo ciclo productivo para evitar problemas”.

Llegó el día de la Gran Convención. Eva fue a buscarle temprano y le encontró pálido y con los ojos abultados y plagado de hilillos rojos.

- “¿Qué pasó? ¿No vas a la Convención?” - dijo Eva.
- “Sí, solo que no tengo pastillas y no pude

dormir”, - dijo él- “¿Tienes alguna?”

- “La última que me queda”, - dijo Eva.

La tragó e inmediatamente se tornó radiante; y, ambos caminaron por las calles muy animados. Él la tomó del brazo y Eva se dejaba llevar mientras pensaba: “Qué encantador, las pastillas, los instructores tienen razón”. Se sentaron juntos en el recinto de la Convención. Al frente se levantaba una cabina sobre una plataforma desde donde hablaba el instructor mayor, y al lado derecho, una cabina de control. La Convención se inició con el ingreso de los instructores, presidido por el instructor mayor. Todos se levantaron y cantaron un himno. El instructor mayor saludó con las manos levantadas y habló:

- “Mineros, bienvenidos a la Gran Convención. La producción ha disminuido hasta límites intolerables, aparte de ello; otras amenazas a la producción. Es preciso tomar una determinación, porque Uds. como los primeros en el país decidirán qué se debe hacer. La producción disminuye, llamo a los esfuerzos comunes para la futura reactivación... Cuando halleemos las causas de la disminución de la producción, las haremos desaparecer... La Gran Convención premiará a los mineros que con esfuerzos solitarios aumenten la producción... De ser posible, lo daremos todo para mejorar la producción”.

- - “Eso lo hemos hecho”, - gritó él - “Lo hemos hecho”. Los mensajes de su historia le retumbaban con intensidad en la cabeza.

- “Es una patraña, mineros” - se había levantado y gritaba encolerizado - “Estos miserables nos engañan. No somos los primeros en este país”.

- “Solo somos una herramienta que usan estos miserables” - dijo señalando a los instructores.

El instructor mayor proseguía.

- “Yo les propongo...”

- “Viva la libertad” - gritó. Caminaba gritando enfurecido por la sala, los mineros se levantaban agitados de sus sitios. Una batahola de insultos,

silbidos y gritos se propagó en el recinto. El instructor mayor preguntó por el nivel emocional en la sala.

- “Es el óptimo” - dijo el instructor de segundo orden desde la cabina de control.
- “Procede” - ordenó el instructor mayor.

Todos los mineros fueron sujetos en sus sitios. Los mineros gritaban, hacían esfuerzos por liberarse para evitar el ruido infernal de turbinas encendidas y la luz intensa que hería sus pupilas mientras se les borraba los recuerdos. Cuando todos habían perdido la memoria, se inició la inducción para la producción: “En el principio el país estaba vacío e informe. Entonces, se hizo el día y la noche para el trabajo y el reposo. Luego, llegaron los mineros para producir en las minas de este país, todo fue creado para que vivan produciendo. Son los elegidos, los únicos, los primeros...”.

- “¿Cómo vamos?” - preguntó el instructor mayor.
- “La inducción ha sido un éxito, listos para un nuevo ciclo de producción” - dijo el instructor de segundo orden.
- “Bien, empecemos entonces”.

La Gran Convención había terminado. Los mineros formaban una turba silenciosa que paseaba por las calles del pequeño país.

En la puerta escuchó que Eva lo llamó. “Toma”, le dijo y le dio una pantalla brillante. Dudó un momento, miró a los costados y le dijo: “Eva, gracias”.

Correspondencia:
José Espinoza-Babilón
jose.espinoza@upch.pe

Fecha de recepción: 19-08-2022.
Fecha de aceptación: 29-08-2022.